

Año II (2.ª época)

Número 6

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud española



S U M A R I O

Estudiantes e intelectuales, Editorial.—*A los jóvenes de Chile y del Perú. El verdadero enemigo*, Editorial.—*Bagaría y «El Estudiante»*, Editorial.—*En busca de un ideal. La Religión del porvenir (continuación)*, José Antonio Balbontín.—*Un prólogo*, W. Roces.—*La muerte del liberalismo español*, Editorial.—*Tirano Banderas (continuación)*, D. Ramón del Valle-Inclán.—*Soliloquios*, Dionisio de la Cruz.—*Vasconcelos frente a Chocano y Lugones*, Edwin Elmore.—*La obra por hacer*, Omar-Ben-Hafzín.—*La carrera de comercio*, Prudencio Sayagués.

*

Precio: 30 cts. - MADRID - 10 enero 1926

==== OBRAS DE ====
D. MIGUEL DE UNAMUNO

De la enseñanza superior en España.
Tres ensayos ¡Adentro! La ideocracia.
La Fe.
En torno al casticismo.
Paisajes.
Vida de Don Quijote y Sancho.
Amor y Pedagogía.
De mi país. Descripciones, datos y ar-
tículos de costumbres.
Paz en la guerra.
Poesías.
Mi religión y otros ensayos.
Por tierras de Portugal y España.
Rosario de sonetos líricos.
Una historia de amor.
Soliloquios y conversaciones.
Andanzas y visiones españolas.
Contra esto y aquello.
El espejo de la muerte (novelas cortas).
Niebla (novela).
Del sentimiento trágico de la vida en los
hombres y en los pueblos.
Ensayos (siete tomos).
Abel Sánchez. Una historia de pasión.
El Cristo de Velázquez.
Tres novelas ejemplares y un prólogo.
Teresa. Rimas.
L'agonie du christianisme (París 1925).

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL MUNDO

*Las obras de D. Miguel de Unamuno han sido traducidas
al francés, al italiano, al inglés y al alemán. Se está pu-
blicando la traducción al sueco de sus obras completas.*

EL ESTUDIANTE

SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 6

Director: Rafael Giménez Siles

10 ENERO 1926

DIRECCIÓN

Y ADMINIS-

TRACIÓN:

ZORRILLA, 4^{ta}

Este número ha sido
visado por la censura



Estudiantes e intelectuales

Este deslinde de conceptos entre el *intelectual* y el *estudiante* (este "estudiante" que toma por bandera nuestro movimiento) es de los que más, y más urgentemente, nos interesa tratar. Nuestra Revista no quiere ser otra Revista más de "intelectuales"; no quiere ser otra cátedra más de hermosas doctrinas idealistas, adonde los espíritus selectos vengan a distraer sus ocios elegantes, elevándose con el opio de las disquisiciones encumbradas sobre las miserias de la vida que nos gana y nos acogota. Nosotros no queremos pertenecer a esa casta sacerdotal de los "intelectuales" españoles de la hora presente, nido de egoísmos, cobardías y bajezas, a esa grey de bufones más menos filosóficos, enfeudados a los magnates y a las empresas, que han venido a sepultar en el señoritismo de unos cuantos todas las ansias de liberación de una clase y de un pueblo. Aborrecemos a esos "intelectuales" olímpicos que ofician de pontifical desde los periódicos, las revistas y las cátedras, "intelectuales" de nómina y enchufe.

Frente a esta generación palabrera de cobardías, al margen de toda la vida de su pueblo, recoleta comodamente en los rincones de las tertulias donde sólo funcionan las lenguas murmuradoras, queremos que EL ESTUDIANTE represente la generación de la acción y de los hechos. Que este núcleo de EL ESTUDIANTE (formado por cuantos sientan el anhelo de una pronta España mejor, que pueda levantar la cabeza para mirar sin deshonor en el concierto de las naciones dignas) irradie por el pueblo y en constante contacto con él, en incansable propaganda, las ideas de civilidad y de justicia que han de incorporarlo con soplo de resurrección. Y que le alumbré los caminos (¡son tan fáciles y tan andaderos!) para llegar muy pronto a ser libre y emancipado.

Propaganda y acción: he aquí nuestros postulados. ¡Qué lejos de la abstracción política de nuestros "intelectuales" de gremio, incapaces de sentir la menor emoción humana de los males de su pueblo, incapaces del menor riesgo, incapaces del menor sacrificio!

Los "intelectuales" nos han hablado con encendido ardor de pirotecnia de la bella odisea libertadora. Ahora, las naves de la juventud están proa a la mar y aguardan a los remeros entusiastas. No esperemos por los "intelectuales". Los pobres "intelectuales" que cantan al oleaje proceloso, se marean en cuanto ven el mar de verdad, en cuanto oyen su ronco ruido

en la lejanía. Hagámonos a la mar, amigos, y dejémosles a ellos en el puerto, agitando, como las mujeres, sus pañuelos de encaje.

El "intelectualismo" es hoy, aquí como en muchas partes, un medio de vida y nada más, una procesión retribuida al servicio del Estado, de las empresas o de los consorcios. Ya nada hay en él de misión, de consagración ideal. El magnate de industria lo ha invadido todo, lo ha hollado todo. Y el pobre "intelectual" tiene que velar por su pitanza, bien misera las más de las veces, pitanza de jornalero. ¿Para qué empresa de ideal o de sacrificio pueden servir estas cuitadas gentes acuciadas por el afán de atrapar o de no perder? Tienen ya intereses de clases constituídos, intereses gremiales que los incapacitan para toda cruzada de redención social. Su oficio es cantar, cantar como los juglares para la empresa o el público beocio que les paga; se crean ese hábito de oficio, y lo cumplen lo mejor que pueden. Y en cuanto suena el menor ruido asustador, el pobre canario calla medrosico dentro de la jaula o ajusta su canto al diapasón. Un tonto hablaba estos días de la misión augusta del profeta en la vida de los pueblos. Pero los canarios no son profetas y hay pueblos que todo lo tienen profetizado; lo que necesitan estos pueblos son brazos que conviertan en carne de realidad la profecía.

Sobre la juventud española de hoy, cunada en tristes años de inacción por nuestros irresponsables "intelectuales" a quienes alcanza buena parte de la mancha que infama al país, pesa el terrible espectro de Hamlet: ¡palabras, palabras, palabras! Es una generación castrada en sus afanes viriles por un intelectualismo olímpico de huera palabrería. Hamlet, con sus dilemas, con sus incesantes dudas e incertidumbres de esteta, no puede ser el símbolo de la nueva juventud. La que nosotros engendremos y representemos, se apartará de Apolo para tomar por ideal a Fausto. Y tendrá siempre por luz de sus derroteros las palabras de Goethe: "¡En principio, era el hecho!"

Una juventud estudiantil, no manchada todavía por jugosos contactos y enchufes con la mentira infamante de nuestro Estado, es la única que puede luchar de verdad con las armas de la propaganda y de la acción por llevar a las entrañas del pueblo la conciencia de un país digno. Abir la marcha de esa juventud que ya alborea: he aquí lo que persigue EL ESTUDIANTE.

A los jóvenes de Chile y del Perú

EL VERDADERO ENEMIGO

Estamos presenciando algo increíble. Continuamente se habla en América y en España de la comunidad de origen y de cultura y de un común destino; pero al mismo tiempo, de una manera brutal, hay quienes encienden la discordia entre Chile y el Perú, pueblos hermanos. No podíamos suponer que se leerían nunca en el idioma común palabras tan duras como las que hoy vemos que se lanzan los enemigos de la paz entre las dos naciones hispanoamericanas. Ahora no se trata de campañas más o menos apasionadas de un sector belicoso, significativas siempre, pero no graves en absoluto. Se trata de opiniones alimentadas desde la cima del Poder. Y nosotros nos preguntamos: ¿Esos sentimientos enemistosos son de los pueblos? ¿Qué parte toman los pueblos en esas disputas?

Mientras no se esté seguro de servir, ante todo a la humanidad, siempre al pueblo, esas actitudes de juez inapelable, de ejecutor providencial, vengador y reivindicador de su pueblo, la espada libertadora en la mano, pronta a la lucha por el territorio "irredento", esas actitudes amenazadoras no dejan de ser el juego criminal o providencial a que se entregan una megalomanía feroz o un mesianismo fuera de tiempo.

Nosotros no creemos que las palabras envenenadas de esos detentadores hayan contaminado a la juventud, a los jóvenes chilenos y peruanos. Esperamos que su generosidad saldrá victoriosa de la prueba a que les someten mezquinas ambiciones. Pero de todos modos queremos dirigirnos a ellos, invocando nuestro pasado común y nuestro común porvenir, invocando nuestra hermandad, para exhortarles a estrecharse las manos fraternalmente, por encima de toda cuestión, y para señalarles el verdadero y único enemigo: los Poderes absolutos.

De vosotros, amigos de Chile y del Perú, quizás dependa todo. De vuestra buena voluntad. Tenéis en vuestras manos el futuro, os pertenece el porvenir, en el que todos nosotros, de una manera o de otra, estamos ligados. ¿Qué haréis? ¿Os dejaréis, "vos otros también sugestionar?

Este número
ha sido visado
por la censura

EL PALACIO DE LA ESTILOGRÁFICA
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

BAGARIA Y "EL ESTUDIANTE"

La Prensa diaria de Madrid ha dado la noticia, con asombro de muchos, con asombro de cuantos creen obra de milagro que aún haya espíritus generosos y elevados que pongan sus anhelos en una empresa de civilidad y de juventud: Luis Bagaría, el artista genial, cuyo lápiz, certero es horizonte de luz en medio de nuestra dura tenebrosidad, quiere ayudar a EL ESTUDIANTE con noble consagración de sus dotes artísticas. Con vehemente y encendida espontaneidad nos mostró desde el primer día su eficaz adhesión, y hoy, en momentos un poco difíciles para nuestra Revista, quiere poner al servicio de nuestra obra, con generosa ayuda, un admirable esfuerzo. Bagaría se ofrece a trazar la caricatura, a todo color, de cincuenta personas admiradoras de su arte maravilloso que deseen poseer una de sus obras maestras y simpaticen con el movimiento de juventud que encarna EL ESTUDIANTE.

El importe de estas caricaturas, que, por encima de una suma mínima, se dejará a la voluntad de los desinteresados, se destinará íntegramente al sostenimiento de esta Revista.

Manifestamos desde aquí nuestra gratitud a Bagaría y le reiteramos la fervorosa admiración por su labor diaria, hondamente humana y de palpitante dignidad y rebeldía. El ha sido, desde el primer día, uno de los mejores maestros y camaradas de nuestra cruzada de juventud.

Desea Bagaría iniciar de este modo un movimiento de simpatía y ayuda hacia EL ESTUDIANTE, que necesita de la cooperación material y cordial de todos sus amigos para consolidarse y ampliar sus horizontes de lucha. Para los que ya nos han demostrado que están con nosotros, vaya también el agradecimiento de esta Redacción. Para aquellos otros, obligados por su posición y significación a estar a nuestro lado, un vivo llamamiento de solidaridad.

En busca de un ideal LA RELIGION DEL PORVENIR (1)

por JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

III

En el crisol purificante de la conciencia popular es donde adquiere el sentimiento religioso toda su grandeza sublime. El Pueblo, que no teme a la muerte, porque en sus sueños juveniles se siente con fuerza para ser eterno, no le ha pedido nunca a la Religión la gracia de la inmortalidad, sino que busca en ella siempre la plenitud de la Justicia.

William James, desde su limitado punto de vista de la psicología individual, ha notado que una de las características del sentimiento religioso es la esperanza alentadora en el advenimiento final de un Reino de Amor y de Justicia que ponga un término feliz a la tragedia humana. Examinado el fenómeno religioso —como lo hace Durkheim certeramente— desde el punto de vista de la psicología colectiva, se ve que el Mito deslumbrante de la Salvación universal, como finalidad suprema de la Historia, constituye la esencia viva de toda religión popular. No es el terror ante el misterio lo que ha engendrado las religiones populares, sino el anhelo ardiente de Justicia.

Conocemos tres grandes movimientos de religiosidad popular, dentro de la órbita de nuestra Cultura: Cristianismo, Liberalismo y Socialismo. Al través del proceso espiritual que esos tres Mitos representan, vemos al pueblo depurar, cada vez más, su sentimiento religioso, hasta reducirlo a un puro anhelo de Amor universal y de Armonía eterna.

* * *

Jesús no fué, para la primitiva comunidad cristiana, el dispensador de la inmortalidad, como lo es, primordialmente, para la conciencia individual de Unamuno. Jesús era, ante todo y sobre todo, para el pueblo cristiano, el paladín celestial de la Justicia.

La esencia viva de la inicial idealidad cristiana era, sin duda, la esperanza en la segunda venida de Jesús. Cristo había de volver a la tierra —subrayemos esto: a la tierra donde habitamos— para implantar en ella, con la eficaz ayuda de su Padre, el Reino de Dios; es decir, el Reino de la Justicia universal, o más concretamente, el Reino de la Igualdad social entre los hombres.

El sentimiento de la igualdad esencial entre todos los hombres no es, ciertamente, una invención de Cristo. Latía en el alma popular cuando Jesús abrió los ojos a la luz del espíritu. El pueblo hebreo —como advierte Nitti en su interesantísimo estudio sobre “El socialismo cristiano”— había extirpado a sus enemigos, en vez de esclavizarlos como otros pueblos vencedores, menos pasionales o más calculistas. De aquí que los esclavos requeridos por la evolución económica del pueblo hebreo hubieran de salir de su propio seno, originando esto un desgarrado descontento, y una enconada aversión de clases,

(1) Véanse los números 4 y 5 de EL ESTUDIANTE. En el artículo del número 5 se deslizó una errata importante. Donde dice: “*principes* de la Ciencia religiosa”, debe decir: “*principios*, etc.”. Los príncipes no tienen nada que ver en este asunto.

que provocaron en la conciencia delicadísima del Cristo su dolorido afán por la Justicia, que le llevó a la gloria de la Cruz.

La quimera más alta de Jesús, y el sueño más puro de sus fieles, valientes por él hasta el martirio, era la gran Revolución que había de operarse en el mundo cuando, al volver el Cristo armado de todos los rayos celestiales, fuesen arrojados a la “gema” los ricos —es decir, los malos: los que amaban el dinero más que a los hombres, sus hermanos—, a la vez que eran exaltados al Reino de la Paz divina los pobres, los bienaventurados, los que anhelaban el Amor, por encima de todos los bienes materiales.

La decadencia de la primitiva religión cristiana comienza en aquella frase trágica de Jesús crucificado, que Unamuno transcribe al final de su reciente libro sobre “La agonía del cristianismo”: “¡ Señor! ¿Por qué me has abandonado?” Y esta agonía se consuma cuando el pueblo advierte desolado que ha muerto toda la generación de Jesús, sin que el Cristo vuelva a la tierra, entre nubes de gloria, como había ofrecido.

Vienen entonces los sofistas de la exégesis ortodoxa para explicar al pueblo desencantado que, al anunciar Jesús que volvería al mundo antes de que terminase “su generación”, quiso referirse a la generación humana entera (¡ Claro! ¿Para qué iba a venir cuando no quedasen hombres sobre el planeta?), que las palabras sencillísimas del Evangelio, pese a los tolstoyanos de todos los tiempos, no han de interpretarse directamente, sino con arreglo a la sabiduría esotérica de los ministros de la Iglesia; que el pueblo debe creer a ciegas lo que la Iglesia manda que se crea, etc., etc... Los sapientísimos “gnósticos”, henchidos de pedantería, comienzan a lucirse, haciendo juegos malabares con los textos sagrados... Pero en aquel instante crítico muere para siempre, inevitablemente, la virginidad candorosa de la primitiva fe cristiana.

* * *

La Revolución francesa, o más ampliamente, la Revolución liberal, señala otro momento flameante de fervorosa religiosidad popular. El pueblo ha creído con toda su alma, durante los dos últimos siglos, en la virtud omnipotente de la Libertad.

El pueblo esperaba, por un instinto oscuro —enteramente acorde con el pensamiento de las más altas mentalidades de la época: Rousseau, Kant, Spencer—, que el advenimiento de la Libertad traería consigo, como por arte de milagro, todos los bienes imaginables: la riqueza social, la dignidad humana, la paz entre los pueblos, el triunfo sublime de la Fraternidad universal...

Esta esperanza iluminada del pueblo en los milagros de la Libertad se nutría de un fervor religioso, como lo prueba el síntoma infalible del sacrificio heroico con miras generales. Dios mismo no estaba ausente de la tarea revolucionaria. Anatole France, con su fina mirada de poeta, nos hace notar, en “Los dioses tienen sed”, el deísmo apasionado de los revolucionarios franceses. Pensaban aquellos hombres candorosos que Dios —si bien in-

capaz, por su naturaleza, de encarnar entre nosotros para resolver nuestros conflictos— miraba con una viva simpatía, desde su trono remotísimo, los esfuerzos del pueblo francés por volver a la Humanidad al Reino de la Libertad, al orden natural y divino de donde la habían descajado los desmanes y los privilegios artificiosos de la Nobleza derrocada.

La Historia nos refiere cómo Robespierre, discípulo activo de Rousseau, y espíritu especialmente representativo de la idealidad revolucionaria francesa, hizo aguilotinar a varios ciudadanos del partido de los “extremistas”, por el delito de haberse declarado ateos. Dios era, pues, considerado por Robespierre como uno de los dogmas intangibles de la República, con derecho a la protección del Terror.

Todo esto pertenece al pasado. El Liberalismo ha muerto como religión popular. El Pueblo no ha visto que la Libertad le haya traído —como esperaba— la armonía social, ni mucho menos la paz entre las naciones. La Guerra europea ha sido una experiencia decisiva, para el alma del pueblo, contra los supuestos beneficios universales de la Libertad.

El Liberalismo es todavía una política práctica, de modestos frutos domésticos, sabrosamente apetecibles, sin duda, en determinadas circunstancias; pero sólo algunos cándidos anarquistas siguen creyendo, con fervor religioso, en la omnipotencia milagrosa de la Libertad. El pueblo —vuelvo a decirlo con vigorosa convicción— ha perdido ya la fe mística, la fe dispuesta al sacrificio heroico, que otorgara en otros tiempos a la diosa Libertad, y cuando el alma popular abandona un Mito, por muerto, nadie es capaz de reanimarle.

* * *

“No hay Evangelios inmortales —dice Durkheim en su admirable estudio sobre el “totemismo”—; pero no se puede considerar nunca agotada la capacidad de la conciencia popular para crear un nuevo Evangelio.”

Cuando muchos pensaban que la cantera mística del alma popular se había agotado en absoluto, un fenómeno social tan significativo como la Revolución rusa viene a revelarnos que el pueblo es todavía capaz de crear nuevos Mitos luminosos, dignos del sacrificio de los hombres.

En el próximo artículo intentaremos esclarecer el sentido de la Revolución rusa, desde el punto de vista religioso; es decir, en lo que tiene de esperanza mística en la redención universal. Y terminaremos nuestro estudio investigando, en el capítulo V, cuál sea la única religión posible del pueblo español en el futuro.

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN.

(Continuará.)

Madrid, 1926.

A fin de organizar definitivamente la Administración de EL ESTUDIANTE, para la buena marcha del mismo, rogamos aquí a los suscriptores de provincias, que no hayan hecho aún efectivas sus cuotas, se dispongan a girarnos el importe de éstas, a la mayor brevedad posible.

UN PRÓLOGO

El siguiente trabajo, original de Wenceslao Roces, nuestro querido amigo y compañero, aparecerá como prólogo al frente del libro de juventud apasionada y entusiasta, de Manuel Ruiz de Villa, titulado “Sobre el corazón del silencio”. Como en este prólogo, el catedrático de Derecho Romano en Salamanca, aborda cuestiones de interés vital para nuestros lectores, damos aquel hermoso trabajo íntegramente, seguros de beneficiar con sus líneas las páginas de EL ESTUDIANTE.

Quiere mi amigo que su libro sea “el libro de un estudiante de Salamanca”. Y le ha parecido que yo, ciudadano vitalicio como él de la *civitas academica*, debo acompañarle hasta las lindes de esa su primera empresa literaria.

Pero no debe pensar el lector en ese “estudiante de Salamanca” que anda por las historias, el de las tunas, el castizo, el de Espronceda, el de las capas y las cuchilladas, el ocioso hidalgüelo segundón que mata sus hastíos de vejez juvenil y ahoga sus bostezos entre devaneos y pendencias. Ese estudiante arqueológico de nuestra literatura romántica se ha transfigurado hoy, bajo nuestros atalajes, en el estudiante de las cofradías. A la tizona ha sustituido el cirio y a la gorguera la medalla de la congregación. Tras de la “orgia” el “arrepentimiento”, y no se sabe cuál de los dos más estéril. La estudiantescas está en pleno último acto de Don Juan Tenorio, la tragedia del romanticismo católico español, el “Fausto” de la raza.

Este “estudiante de Salamanca”, nuestro amigo, se nos presenta en estas páginas sin ninguno de los atributos clásicos y modernos de la profesión. ¿Qué estudiante es éste y qué Salamanca es ésta? En verdad, un estudiante y una Salamanca totalmente irreales. No es el estudiante aprendiz de eunuco burocrático, que dijo el maestro, ni es esta Salamanca de ganaderos y gañanes, esta rústica Salamanca de cuernos y pezuñas que ha ahogado a la insigne Escuela de Fray Luis, este “pueblo de arrieros, lechuzos y tahures y logreros” que es hoy nuestra Castilla y nuestra España. Este estudiante inverosímil viene a nosotros con un pequeño libro —casi imperceptible— bajo el brazo, mirando a las cumbres y al cielo azul.

Ser en la vida
romero... romero...
sólo
romero.
.....
No sabiendo los oficios
los haremos
con respeto...

cantaba en su puro lirismo León Felipe.

Con este exquisito bordón de peregrino en que se apoya para cantar el poeta, nuestro amigo mozo va levantando discretamente, quedamente —no se olvide que el libro ha nacido de una labor de periodista bajo un régimen de previa censura—, los velos que cubren los problemas de nuestra España tragicómica de hoy. Y huye, para valorar los hombres —los pocos hombres de nuestro país— y para valorar las cosas —incluyendo entre éstas a muchos a quienes la fisiología

se empeña en hacer pasar por "hombres" y que en rigor son fragmentos de la *realidad*— de los juicios momificados de los profesionales y las ortodoxias y las liturgias gremiales. Quiere tener una visión serena, propia, intuitiva, y no libresca, del panorama de su pueblo en la hora presente. Y en sus esfuerzos por lograrlo, nuestro amigo ha ido vertiendo sus afanes al papel, día por día; y pensando y sintiendo en voz alta, leyendo y criticando, observando e inquiriendo, he aquí que le ha salido este libro. Un libro de estética social, porque la idea de la Justicia, de que él hace su diosa, es la idea de la belleza en la vida de los pueblos. No esa "Justicia" que campea en los estrados del pretorio, matrona bien comida y bien vestida y enojada como una proxeneta. Ni la "Justicia" a sueldo, que pintan con venda en los ojos y armada de espada y balanza, justicia marcial (¡qué horror!) y justicia de mercaderes. La suya es una Justicia humana, como la del Hijo del Hombre, y como él no necesita de más armas que la luz de amor de sus ojos azules y la dulce música persuasiva de su voz. Esta Justicia, la verdadera, la eterna, pide consagración y sacrificio como el Amor, como la Belleza, como la Verdad. Los que confunden el Derecho con el látigo y sólo saben moverse al grito de ordenanza, que pasen de largo ante este libro. No le comprenderán.

Yo quisiera que se dijese que éste era el libro de un artista y no de un "sabio" ni de un aprendiz de tal. Porque es algo tan abyecto entre nosotros eso que se llama "ciencia" y eso que se llama "saber", que a la verdadera ciencia es menester llamarla arte, como hay que llamar humanismo al verdadero patriotismo de hoy. He aquí el trastrueque de todos los valores que nos predica el nietzscheanismo. Nuestro amigo, tan joven, tan lleno de nobles ideales, no quiere pasar por "sabio" y hace ante nosotros profesión de aborrecer por vida ese oficio estigmatizado.

En su libro no se ofrecen recetas de soluciones ni se claman profecías. Es un libro de sensibilidad que se limita a decir lo que le duele en la carne de su pueblo, y lo dice sin los gritos desgarradores del fariseo, pero también sin el gesto hermético del estoico o del impasible. Esperemos que sus dolores y sus inquietudes sean los de toda una generación que los calla y sufre al borde del camino, con un rictus de amargura, de repugnancia y de desdén ante la caravana que pasa. Hoy no puede pedirse más de nuestra juventud.

W. ROCES.

Salamanca, octubre 1925.

La muerte del liberalismo español

Durante estos días se han publicado unos cuantos artículos acerca del liberalismo en general, y especialmente del liberalismo español; ellos han sido los que nos han inspirado estas notas. Uno de sus títulos, "Evolución del liberalismo", nos ha producido cierta extrañeza; ¿cómo puede evolucionar éste, cuando lleva ya más de dos años enterrado de una manera definitiva?; su muerte fué el 13 de septiembre de 1923, en que, por sus desaciertos, sus estupideces y su cobardía, dejó de existir para bien de todos. Esta pérdida no puede ser muy sentida como no sea por cuatro burgueses tiernos de corazón,

que quieren que el pueblo tenga esas garantías que daban la Constitución y la farsa constitucional. Sería una cosa ridícula que una persona saliera a la calle dando vivas a la Constitución del 76; pero nuestros liberales no hay miedo ninguno de que caigan en este ridículo, ni que realicen ningún otro acto en cuanto lleve consigo algo grande; su posición sería un completo contrasentido con la que mantenían en el Gobierno, de procurar burlar las leyes. Cuando Primo de Rivera dió el golpe de Estado, sintieron primero cierto temor, después la más completa indiferencia.

Hoy este liberalismo de mentira y embuste ha muerto y es imposible desenterrarlo. Los campos se deslindan de una manera rápida; después de un período en que España ha estado sumida en la indiferencia política, en el abatimiento, se nota la vuelta a la vida, a las discusiones, al combate diario; no puede haber términos medios, y ante nosotros se presentan con toda claridad tres campos perfectamente señalados. La Monarquía, alrededor de la cual se apiñaron los conservadores, "La Unión Patriótica", los liberales antiguos; en una palabra, todos aquellos elementos que hasta ahora gobernaron en España. La República, con su programa democrático: Constitución, Parlamento, sufragio universal; a su alrededor estarán los hombres de verdadero espíritu democrático y civil. Y, por último, los partidos obreros, que no pueden contentarse en modo alguno con la libertad que concede una República democrática y esperan a suplantarla por medio del proletariado organizado como clase dominante, o sea por la dictadura proletaria, para suprimir las clases sociales y llegar a la abolición completa del Estado.

Dentro de estas tres posiciones de los partidos políticos españoles, ¿dónde cabe ese liberalismo que tan mal supo desempeñar su papel? ¿Es que constituyó alguna garantía para el país por sus hombres o por su ideología? Ni una cosa ni la otra; sus hombres no cumplieron nunca lo prometido al pueblo; su ideología es tan confusa, que les permitió actuar como el más conservador de los Gobiernos. La vida puede darse por la República, por la Monarquía o por la dictadura proletaria; pero por el liberalismo español, nunca, y el partido que no tiene ideas por las que se pueda perder la vida, está muerto moralmente.

Libertad fué su programa (libertad que no les impidió suspender las garantías) y del ansia que de ella existió siempre en España vivieron; la recibieron de manos de nuestros gloriosos abuelos, que supieron conquistarla en las barricadas e imponerla en la revolución del 68; ellos fueron dejando que se les escapase de las manos, que se la quitasen a costa de arrastrarse para conquistar el poder. ¿Tuvieron alguna vez opinión? ¿se preocuparon de crearla? Mientras fueron Gobierno, ni hicieron esto, ni se preocuparon de educar al pueblo, ni de inculcarle ese amor a la libertad que ellos debían de haber defendido. Toda su labor puede reducirse a grandes discursos, a buenas elecciones donde, como todos los demás partidos dinásticos, empleaban todos los medios para salir triunfantes, oportunismo en las Cortes, y traición al país consciente de liberalismo en el Gobierno.

El partido que había permanecido más íntegro fué el reformista; don Melquiades y sus correligionarios no habían hecho más que bellos discursos, en que tan pronto pedían más reformas de la Constitución como menos, más Monarquía o más República; pero, por fin, decidieron a subir al poder para realizar aquellas apetecidas variaciones. Empezó por aquella que consideraba fundamental: la reforma del artículo 11 de la Constitución, para imponer en España la libertad de cultos, cosa que suelen admitir todas las naciones semicivilizadas; pero imposible; aquellos que se llamaban liberales y que estaban en el poder con los reformistas, no sentían la necesidad de estas variaciones, y ante la oposición del clericalismo español, la dejaron para mejor ocasión. Pero entre las nobles ideas que les habían llevado al Gobierno, o continuar en él, prefirieron esto, que les valió el dictado de conformistas, engañando a la nación, que les había llevado a aquel lugar para que cumplieran con el deber de europeizarla. Cuando en estos momentos, en que llevamos más de veintisiete meses de dictadura, se consulta al jefe reformista obre su posición política, se ve que, afortunadamente para él, no ha cedido en nada su celo monárquico. Sin embargo, podemos decir, en honor del partido reformista, que hoy puede considerarse como disuelto.

Al ver la manera de actuar del partido reformista, llegamos a la conclusión de que tanto en el régimen actual como en el anterior al 13 de septiembre del 23, es imposible el liberalismo; por eso los llamados partidos liberales no hicieron más que prometer reformas, modificaciones; grandes programas, que presentaban a los ojos del pueblo como la única forma

de la regeneración nacional, y que luego, cuando llegaban al poder, quedaban olvidados por aquellos espíritus gubernamentales, quizá porque llegaban al convencimiento de la imposibilidad de poderlos hacer efectivos. Pero ellos, lejos de considerar su falta, ver su posición falsa y abandonar su equívoca situación, persistieron en ella y persisten aún en estos momentos de tanta gravedad para ellos, sacrificando la nación al régimen. En estas crisis necesitaban adoptar medidas radicales, situaciones claras, procedimientos que tuvieran algo de heroicos; pero nada de esto han hecho, porque no lo podían hacer, porque no han querido; pero al abandonar la causa que ellos debían defender, que creíamos que mantenían, la careta caída ha dejado ver su verdadera cara: la del arribista que mantiene la idea que puede beneficiarle, la del charlatán que discurrea mintiendo y engañando al auditorio, la del político que actúa en beneficio propio en vez de actuar en beneficio de su país, y la del cobarde que pliega a todas las situaciones con tal de mantener la tranquilidad. Esa es su cara y creo son sus hechos; ahora están desenmascarados, están a la vista de todos sus acciones y su ideología. ¿Cómo van a poder reformarse? España no volvería a creer en ellos; pudieron vivir mientras se cubrieron de palabras que evocaban una idealidad y que encontraban resonancia en el espíritu del pueblo; cuando llegó el momento decisivo se vió el engaño y la mentira; pero con él vino su muerte; alegrémonos; para la causa liberal se ha deshecho el fantasma que más la perjudicaba: la duda.

Ihering decía que sólo merecen la libertad y la vida aquellos que todos los días saben conquistarla; nuestros liberales no hicieron más que combatirla y dejar que los demás la combatiesen.

SOLILOQUIOS

EL CID, DON QUIJOTE, DON JUAN

España dió al mundo tres héroes: el Cid, Don Quijote y Don Juan. En ellos encarnó su espíritu —el espíritu de Castilla y de Andalucía. Cada uno representa la bravura, la santidad, la paganía españolas. El Cid asienta a plomo sobre la meseta su robusta escultura románica, soberbio de hierros guerreros, armado de pies a cabeza, personaje de guerra, en cuya fuerte diestra relumbra la pesada espada indómita. Es el coraje español. No la victoria, sino la lucha y el valor, el espíritu de combate, la infatigable virilidad. Posee todas las virtudes del soldado: la lealtad, la dureza, el brío; es rudo y generoso, bueno y áspero; es valiente y astuto; ama honradamente su oficio, como el suyo el labriego. Y el Cid no es un caballero de la Tabla Redonda. Toda su figura está curtida y callosa de una severidad honda, de recia estructura, edificada de brava piedra tenaz —el rostro ceñudo, grave, aun en la risa o el amor; su espíritu firme, indubitable. ¿Será el Cid el más español de nuestros héroes? Pero ya avanza Don Quijote su silueta ojival, sus líneas flameras y punzantes, que se hincan en el cielo desolado, impasible, consumido el héroe por una pasión justiciera —austero, paciente, soñador. El espíritu vive en él y él ofrece como un sacrificio su vida. Es un hombre de fe, un místico. Su rostro anguloso y ojivo está arrasado de tristeza; sus ojos arden como lamparillas votivas en una hornacina de santuario. Anhela hacer de su vida una oración reparadora. Don Quijote pone a su ejercicio bélico un fin moral, divino, y aspira a la inmortalidad. Es un asceta guerrero que esgrime su espada con indignación, pero sin rencor ni ira, pues él castiga, no lucha. Don Quijote se considera el instrumento de la justicia y espera ser recompensado. Detrás de él está Dios. Sobre el raso tablero de la Mancha, ancha como el abierto mar, el cielo hace a su buída silueta, a las aspas de sus brazos que izan la adar-

ga y la lanza como en sagrada imploración, un fondo de gloria infinita, una aureola imponente de santidad. De pronto aparece Don Juan, impío y apasionado, con su vida exuberante y sensual y su magnífica silueta del Renacimiento. Pero es en España, en Andalucía, en Sevilla. Envuelve al hombre una atmósfera halagadora, que sazona en sus venas su sangre galopante. Don Juan es la masculinidad. No es el esposo ni el amante; es el hombre. Es, por esto mismo, el mejor elogio de la mujer. Quizás Don Juan lo es todo: la bravura, la santidad, el amor. Pero su bravura no es una bravura de oficio: es la fiera del amante, una presea personal, un galardón amoroso, una joya propia con fulgores de ardorosa ufanía. Su santidad es satánica, imbuída de soberbia desafiadora, sin transcendencia, sin esperanza, desdeñosa de inmortalidad ni premios, porque su recompensa es él y él su propio dios. Mejor dicho, la mujer es su dios; ella, su amor único. Don Juan es el definidor de lo femenino por excelencia y la mujer ve como el más grande homenaje que se le ha hecho esta figura de Don Juan, el amador excelso, cuya flamígera arrogancia descalabra la vulgaridad marital, la flacidez del novio, el cinismo del amante. Gracias a Don Juan, el hombre y la mujer se ven frente a frente, con autoridad propia, tomada de los recursos de su ser —fuera de la sociedad, del deber y el capricho. Y Don Juan, que olvidó la inmortalidad, será eterno; porque, mientras haya guerra, el Cid será un bélico ejemplo; de igual suerte que Don Quijote, mientras reine la injusticia en la tierra. Pero Don Juan, o el hombre amoroso, sólo desaparecerá con la humanidad.

LITERATURA ANTIGUA Y LITERATURA MODERNA

La literatura antigua es escultórica. Predomina en ella la masa esculpida y cincelada, el material tallado con hermosura grandiosa, pero frío, inmóvil. La literatura antigua es como una escuela del arte plástico, y aun limitada al plasticismo de mayor estabilidad, como son la escultura y la arquitectura, porque la pintura se redujo a ser *proyección escultórica* o contornos de superficie coloreada. Hay, pues, en la literatura antigua, la solidez de aquellas dos artes, pero también su limitación y su rigidez. Posee fuerza y majestad; asimismo, algo de la gracia de la materia bien distribuída; pero carece de sonido, de color y de espíritu. La literatura antigua vive aún al socaire del arte plástico, y la impasibilidad y materialidad de éste la abruma un tanto. Artes más vehementes y aladas, como el arte de la luz y el color, y, sobre todo, la música, ambos de moderna invención, emancipan a la literatura de su hermosa esclavitud y le dan infinito horizonte, rompen la máscara de su forma antigua y la dejan en libertad. La literatura antigua ofrecía volumen y relieve. Era casi tangible una obra suya, como un monumento; pero también un obstáculo. La literatura moderna es como aquella cosa concreta, pero glacial y pesada, que ha sido fundida y se ha evaporado. Tiende a ser inasible e inasequible como la luz, el sonido, el perfume, las nubes o el cielo... Es variable y cambiante como el centelleo del sol en el agua agitada. Y es que el alma moderna no es la arquitectónica alma antigua (carecemos de arquitectura y de escultura propias), sino un alma soñadora y casi epiléptica. El alma antigua tendía a la edificación; nosotros, al éxtasis. Ellos y nosotros somos como Marta y María...

TIRANO BANDERAS

LIBRO SEGUNDO

EL HONORABLE CUERPO DIPLOMATICO

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

V

El Doctor Carlos Esparza, Ministro del Uruguay, oía con gesto burlón y mundano las confidencias de su caro colega el Doctor Aníbal Roncalí, Ministro del Ecuador. Cenaban en el Círculo.

—Me ha creado una situación enojosa el Barón de Benicarlés. Digá vos, no más, que tengo muy brillantes ejecutorias de macho para temer murmuraciones; pero no dejan de ser molestas esas actitudes del Ministro de España. ¡Qué sonrisas! ¡Qué miradas, amigo!

—¡Ché! Una pasión.

El Doctor Carlos Esparza, rubio, miope, elegante, se incrustaba en la órbita el monóculo de concha rubia. El Doctor Aníbal Roncalí le miró entre quejoso y risueño:

—Vos estás de chirigota.

El Ministro del Uruguay se disculpó con un aspaviento burlón:

—Aníbal, te veo próximo a dejar la capa entre las manos del Barón de Benicarlés. ¡Y eso puede aparejar un conflicto diplomático, y hasta una reclamación de la Madre Patria!

El Ministro del Ecuador hizo un gesto de impaciencia, acentuado por el revuelo de los rizos:

—¡Sigue el choteo!

—¿Qué pensás vos hacer?

—No lo sé.

—¿Sin duda no aceptar el puesto de secretario para colaborar en la gran empresa que tan elocuentemente tenés vos expuesto esta noche?

—Indudablemente.

—¡Por una meticulosidad!...

—No jugués vos del vocablo.

—Sin juego. Repito que no te asiste razón suficiente para malograr una aproximación de tan lindas esperanzas. El águila y los aguiluchos que abren las juveniles alas para el heroico vuelo. ¡Has estado muy feliz! ¡Eres un gran lírico!

—No me veás vos chuela, Doctorcito.

—Lírico, sentimental, sensitivo —exclamaba el Cisne de Nicaragua—. Por eso lográs vos separar la actuación diplomática y el *flirt* del Ministro de España.

—Hablemos en serio, Doctorcito. ¿Qué opinión te merece la iniciativa de Sir Jonnes?

—Es un primer avance.

—¿Y qué ulteriores consecuencias le asignás vos a la Nota?

—¡Qui lo sá! La Nota puede ser precursora de otras notas... Ello depende de la actitud que adopte el Presidente. Sir Jonnes, tan cordial, tan evangélico, sólo persigue una indemnización de veinte millones para la Wests The Lymited Compagny. Una vez más, el florido ramillete de los sentimientos humanitarios esconde un aspid.

—La Nota, indudablemente, es un sondeo. ¿Pero cómo opinás vos, respecto a la actitud del General?

¿Acordará el Gobierno satisfacer la indemnización?

—Nuestra América sigue siendo, desgraciadamente, una Colonia Europea... Pero el Gobierno de Santa Fe, en esta ocasión, no se dejará coaccionar. Sabe que el ideario de los revolucionarios está en pugna con los monopolios de las Compañías. Tirano Banderas no morirá de cornada diplomática. Se unen para sostenerlo los egoísmos del criollaje, dueño de la tierra, y las finanzas extranjeras. El Gobierno, llegado el caso, podría negar las indemnizaciones, seguro de que los radicalismos revolucionarios, en ningún momento, merecerán el apoyo de las Cancillerías. Ciertamente que la emancipación del indio debemos enfocarla como un hecho fatal. —No es cuerdo cerrar los ojos a esa realidad—. Pero reconocer la fatalidad de un hecho, no apareja su inminencia. Fatal es la muerte y toda nuestra vida se construye en un esfuerzo para alejarla. El Cuerpo Diplomático actúa razonablemente, defendiendo la existencia de los viejos organismos políticos que declinan. Nosotros somos como las muletas de esos valetudinarios crónicos, valetudinarios como aquellos éticos antiguos, que no acababan de morir.

La brisa ondulaba los estores y el azul telón de la marina se mostraba en un lejos de sombras profundas, encendido de opalinos faros y luces de masteleros.

VI

Humeando los tabacos salieron a la terraza los Ministros del Ecuador y del Uruguay.

El ministro del Japón, Tu-Lag-Thi, al verlos, se incorporó en su mecedora de bambú, con un saludo falso y amable, de diplomacia oriental. Saboreaba el moka y tenía las gafas de oro abiertas sobre un periódico inglés. Se acercaron los Ministros Latino-Americanos. Zalemas, sonrisas, empaque farsero, cabezadas de rigodón, apretones de mano, cháchara francesa. El criado, mulato tilingo, atento a los movimientos de la diplomacia, arrastraba dos mecedoras. El Doctor Roncalí, agitando los rizos, se lanzó en un arrebatado oratorio, cantando la belleza de la noche, de la luna y del mar. Tu-Lag-Thi, Ministro del Japón, atendía con su obscura mueca premiosa, los labios como dos viras moradas, recogidas sobre la albura de los dientes; los ojos oblicuos, recelosos, malignos. El Doctor Esparza insinuó, ansioso de novelarías exóticas:

—¡En el Japón, las noches deben ser admirables!

—¡Oh!... ¡Ciertamente! ¡Y esta noche tiene algo de japonesa!

Tu-Lag-Thi tenía la voz flaca, de pianillos desventajados, y una movilidad rígida, de muñeco automático; un accionar esquinado, de resorte; una vida interior de alambre en espiral. Sonreía con su mueca amanerada y obscura:

—Queridos colegas: anteriormente no he podido

solicitar la opinión de ustedes. ¿Qué importancia conceden ustedes a la Nota?

—Es un primer paso.

El Doctor Esparza daba intención a sus palabras con una sonrisa ambigua, llena de reservas. Insistió el Ministro del Japón:

—Todos lo hemos entendido así. Indudablemente. Un primer paso. ¿Pero cuáles serán los pasos sucesivos? ¿No se romperá el acuerdo del Cuerpo Diplomático? ¿Adónde vamos? El Ministro inglés actúa bajo el imperativo de sus sentimientos humanitarios; pero este generoso impulso acaso se vea cohibido. Las Colonias Extranjeras, sin excluir la inglesa, representan intereses poco simpatizantes con el ideario de la Revolución. La Colonia Española, tan numerosa, tan influyente, tan vinculada con el criollaje en sus actividades, en sus sentimientos, en su visión de los problemas sociales, es francamente hostil a la reforma agraria, contenida en el Plan de Zamalpoa. En estos momentos —son mis informes— proyecta un acto que sintetice y afirme sus afinidades con el Gobierno de la República. ¿No ocurrirá que se vea desasistido en su humanitaria actuación el Honorable Sir Scott?

Guiñaba los ojos con miopía inteligente y maliciosa el Doctor Carlos Esparza:

—Querido colega, convengamos en que las relaciones diplomáticas no pueden regirse por las claras normas del Evangelio.

Tu-Lag-Thi repuso con fleviles maullidos:

—El Japón supedita intereses de sus naturales, aquí radicados, a los principios del Derecho de Gentes. Pero en el camino de las confidencias, y aun de las indiscreciones, no he de ocultar mis pesimismo respecto al apoyo moral que presten algunos colegas a los laudables sentimientos del Ministro inglés. Como hombre de honor, no puedo dar crédito a las insinuaciones y malicias de cierta Prensa, demasiado afecta al Gobierno de la República. ¡La Westt Compagny! ¡Aberrante!

La truculenta palabra final se desgarró, transformada en un chufle de eles y efes, entre la asiática y lipuda sonrisa de Tu-Lag-Thi.

El Doctor Aníbal Roncalí se acariciaba el bigote, y a flor de labio, con leve temblor, retocaba una frase sentimental. Se lanzó con aquel tic nervioso que agita erectiles, como rabos de lagartijas, los rizos de su negra cabellera:

—El Doctor Banderas no puede ordenar el cierre de los expendios de bebidas. Si tal hiciese, sobrevendría un motín de la plebe. ¡Estas ferias son las bacanales del cholo y del roto!

VII

Llegaban ecos de la verbena. Bailaban en ringla las cuerdas de farolillos, a lo largo de la calle. Al final giraba la rueda de un Tío-vivo. Su grito luminoso, histérico, estridente, hipnotizaba a los gatos sobre el borde de los aleros. La calle tenía súbitos guiños, concertados con el rumor y los ejercicios acrobáticos del viento en las cuerdas de farolillos. A lo lejos, sobre la bruma de estrellas, calcaba el negro perfil de su arquitectura, San Martín de los Mosenenses.

FIN DEL HONORABLE CUERPO DIPLOMÁTICO

CASA ESPECIAL EN ARTÍCULOS PARA REGALO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

LA OBRA POR HACER

El siguiente artículo, escrito por un joven estudiante de Sevilla, suscita nuestra particular atención. Admiramos sinceramente muchos puntos de este trabajo; pero creemos preciso, en este caso, mostrar nuestra opinión, opuesta radicalmente a la de este joven en algunas afirmaciones que creemos aventuradas. Se refieren éstas, concretamente, al romanticismo. "Fueron en cierta manera cobardes", dice Omar-ben-Hafzún. Ello nos parece una ingratitud. En cualquier extremo que se mire, el romanticismo ha dado siempre el tono heroico. Precisamente se caracteriza por el valor, bien patente, de su espíritu, y por el empuje de sus actos, cuando en éstos cuajó el espíritu romántico. Para llegar a alguna parte, en ciencia, en arte o en política, hay que comenzar por eso, por el romanticismo. No debemos vituperarlo, cuando a él deberemos, al fin y al cabo, lo que la juventud española haga por España.

Por lo demás, estimamos de verdadero interés todo lo que se dice en este artículo, el cual damos a nuestros lectores, con gran satisfacción por nuestra parte.

I

Todo joven que merezca este nombre siente la vida como una labor por hacer y la contempla con la mirada atrevida y gozosa del escultor ante el bloque marmóreo en el que yacen sepultas, aplastadas por brutal inercia, inagotables posibilidades de formas. Su pensamiento y su cincel quieren dar realidad a aquella que alienta en su alma, aquella que persigue en el contorno indeciso de la nube, en la increada melodía del mar y que es su huella y su obra, el fruto de su amor al creador. Para realizar nuestros ideales, nosotros, los jóvenes, tenemos la arcilla de los pensamientos, la cantera de los años por venir y el acerado cincel de la voluntad. Quien no quiera esculpir sus ideales, y luchar por lograrlos, no es joven, no está con nosotros, porque la juventud no viene a traer la paz, sino la espada. Aspiramos a un mañana mejor y más noble, y esa es la herencia que queremos para los hijos y para la patria. Todos hemos sentido en esos momentos, en que la mirada se torna clarividente, que algo nos oprime, nos roba el aire y ensombrece las perspectivas de la vida. No es nada preciso que pueda llamarse con un nombre; es como una indefinible desgana que aridece al alma. Los jóvenes de comienzos del pasado siglo percibieron lo mismo, y tras breve e insuficiente reflexión decidieron que la vida es una cosa triste que no vale lo que cuesta. En torno a esta actitud central se esparcieron, como ondas concéntricas, emociones que tiñeron pensamientos y obras del color gris del desencanto. Los hombres del romanticismo se refugiaron en el pasado, en sus ensueños o en sus pasiones, porque la realidad les desagradaba. Quisieron encontrar su mundo, no crearlo. Y lo buscaron con indecible afán por los cuatro rincones del espíritu. Certestamente ha dicho un pensador que el romántico, a la inversa que Saúl, parte a buscar un reino y retorna con unas asnillas. Efectivamente, no encontraron su mundo. Toda la literatura y la filosofía de la época son, o exhortaciones frenéticas invitando a la gran aventura, la huida de la realidad, o amarga meditación sobre el fracaso.

Pasó medio siglo, y convencidos los hombres de la inutilidad de aquellos esfuerzos, giraron sobre sus talones y emprendieron un camino perfectamente opuesto. Ya sabían que no podían encontrar su mundo, ni tampoco crearlo sólo porque lo deseara el encendido anhelo de sus pechos, y resueltamente hollaron con botazas de patán el pulido jardín de los sueños. Quisieron ver la realidad tal cual es, y con honrado intento se pusieron a mirar con la tenacidad y el ardor de niños enfadados. Esta voluntad se llamó realismo. Bajo su advocación se hicieron y dijeron cosas peregrinas. Un sistema filosófico se tituló positivismo; otro, materialismo. Los hombres de ciencia proclamaron a todos los vientos que el pensamiento era una secreción del cerebro, y la vida compleja red de reacciones químicas; negaron el espíritu y parejamente se rindió un desvergonzado culto al éxito-dinero.

Los hombres delicados de la época sintieron con asco cómo aquellos fieros materialistas les miraban con el reojo de la sospecha. Envenenaron la Poesía y emprendieron cruzadas para acabar con la perjudicial alimañana de la Imaginación. Mirando a la realidad consiguieron verla, en algunos aspectos, con un terrible lujo de detalles, y muy contra su voluntad hubieron de declararse acordes con los románticos en un solo punto: en que era desagradable. Una onda de pesimismo inundó al mundo; se adoptó el gesto impertinente del hombre *experto*, que insulta sin piedad a todo noble impulso. Llamarse viejos y decadentes fué una moda, aún lo es, y *la vieja Europa* fué una expresión consagrada. Se creyeron poseedores de un amargo y estéril secreto: *La vida nada vale*, y adoraron con renovado ardor al oro. Han pasado algunos años, y pese a todas las sirenas románticas y a todos los sobornos realistas; pese a un sinnúmero de hechos brutales, verdaderos atentados a la verdad y a la vida, empezamos a aquietar nuestra visión de las cosas. Los románticos huyeron de la realidad como niños asustados que presienten un peligro y no son capaces de afrontarlo: fueron, en cierta manera, cobardes. Los realistas adolecieron del defecto opuesto: atacaron con tanto ardor al enemigo que formaron con él un solo cuerpo y no pudieron verlo bien. Le miraron demasiado cerca y sólo le vieron fragmentaria y desagradablemente. Sus ojos miopes sólo pudieron abarcar paisajes cuya unidad de medida era el centímetro. Han pasado algunos años, y, a la vez, han desfilado ante nuestros ojos acontecimientos de consecuencias incalculables, tales como la gran guerra, la revolución rusa, la educación científica y técnica del Japón, la navegación aérea y los últimos progresos de la Medicina y de la Higiene, que son otras tantas llamadas vehementes a nuestra atención. Si meditamos a qué nos ha conducido siglo y medio de investigación científica organizada, veremos que somos hoy, prácticamente, los dueños del planeta. Se abren ante nosotros posibilidades de una grandeza jamás soñada. Podemos mil veces más que nuestros abuelos; para nosotros, salvar una distancia de 1.000 kilómetros, es, gracias al vuelo, cuestión de cinco horas; horadar una montaña, labor de algunos meses; hacer que dos mares se comuniquen, empresa fácil. Podemos oír la voz de una muchacha que canta en los antípodas y detener la marcha de una epidemia que hace sólo cincuenta años hubiera sido devastadora. Es incuestionable nuestro dominio sobre la materia, y, sin embargo, parece que la obra vence a su

creador, que la complejidad alcanzada por la vida moderna es superior a la resistencia de nuestros nervios y por doquiera escuchamos quejidos histéricos. Atolondrados, incapaces de investigar seriamente la causa de nuestro malestar, nos entregamos estúpidamente a la rutina, y hoy más que nunca parecemos esclavos de las circunstancias. Esta crisis, comenzada a fines del siglo XVIII con lo que se llamó la revolución mecánica, "algo enteramente nuevo en la experiencia humana", continúa durante todo el XIX, agudizándose a tenor que los triunfos de la técnica sobre la materia son más completos y alcanza su cénit en nuestros días. Registramos, pues, el hecho de que coincide con el apogeo de nuestros perfeccionamientos mecánicos un profundo malestar moral, cuya expresión más alta es el materialismo filosófico, y la más baja, la idolatría del dinero y del placer sensual, a la vez que una exacerbación de los instintos egoístas y destructores. Mas, ¿por qué este malestar?

Decía más arriba que ya empezaba a aquietarse nuestra visión de estos problemas. Hoy, al menos, existen hombres que se preguntan: ¿Son adecuadas a la actual manera de vivir instituciones y normas que hemos heredado de generaciones que vivieron cuando la máxima velocidad conocida era la que alcanzaba un caballo al galope; cuando no había más que libros manuscritos y la voz humana difícilmente rebasaba los ámbitos del ágora? ¿Son siquiera comparables, por su perfección, el funcionamiento de una gran central telefónica, valga el ejemplo, y el de cualquier institución social? ¿Hemos enriquecido proporcionalmente nuestros medios de acción, nuestra ideología y nuestra sentimentalidad? ¿No habremos descuidado peligrosamente otras facetas del conocimiento y será nuestra cultura un organismo deforme, monstruoso? Muchos hechos inducen a pensar así y no son pocos los que señalan esa desarmonía entre un exuberante poder material y una mezquina ideología como la causa del mal.

En otro artículo abordaremos el tema.

OMAR-BEN-HAFZÚN.

Sevilla, 1925.

EL ESTUDIANTE espera de cada uno de sus lectores una intensa labor de propaganda, ya que sólo de esta forma podrán contribuir a hacer cada vez más grandes los horizontes de nuestra Revista. A medida que vaya aumentando, con semejante labor de propaganda, el número de sus suscriptores, EL ESTUDIANTE aumentará asimismo en sus medios y conseguirá, al cabo, ser en España el semanario de la conciencia nacional.

EL ESTUDIANTE tiene representantes en muchos centros de enseñanza, y desea tenerlos en todos. Podrán dirigirse, por consiguiente, a nuestra Revista, demandando tal representación aquellas personas que más enlazadas se hallen con el espíritu que anima a

EL ESTUDIANTE

Vasconcelos frente a Chocano y Lugones

(Los ideales hispanoamericanos ante el sectarismo contemporáneo)

Este artículo de Edwin Elmore, escrito a favor de las ideas que mantendría Vasconcelos contra Santos Chocano, motivó la carta de este último, carta indignante y abyecta, que fué reproducida por "El Sol" hace pocos días. Este artículo no llegó a publicarse en Lima, y lo conoció Santos Chocano por el director de "La Crónica", que se lo dió a leer privadamente. Santos Chocano, entonces, escribió su carta y adoptó la resolución de matar a Elmore, en la seguridad de impunidad que le prestaba "su" Gobierno. No cabe en el asesinato la menor atenuante, la menor justificación. La intelectualidad española, que salvó a Santos Chocano, en España, de los rigores de la Justicia, a propósito de una estafa; la misma intelectualidad que le libró, en Guatemala, de ser ajusticiado, hoy reprueba con indignación y repugnancia este crimen, tanto más injustificable y vil, cuanto más de cerca se le mira. Nos preguntamos, por nuestra parte, ¿qué hace en el Perú la Juventud independiente, libre y sana? ¿Qué hacen, en estos momentos, los amigos y compañeros de Edwin Elmore? En honor de este hombre, como homenaje a su memoria, publicamos el artículo que le valió la muerte.

NUESTRA ACTITUD

En torno a la cuestión promovida entre Vasconcelos y Chocano con motivo de las graves acusaciones lanzadas contra el segundo —a falta de otro censor mejor informado y más valiente u oportuno— habría infinitas consideraciones que hacer.

Prescindiendo de muchas de estas consideraciones, que por sí mismas se imponen hoy aquí a toda conciencia medianamente clara, aunque a veces a pesar suyo; reduzcámonos a las que, desde nuestros habituales puntos de vista, y en nombre de nuestros intereses superiores, se hacen indispensables.

Pongamos las cosas en un nivel más elevado que aquel en que las pasiones y los intereses personales suelen colocarlas.

Lo que en esta disputa —que debió sólo ser una discusión— nos interesa es lo doctrinal, lo que atañe a nuestros principios permanentes de vida. Dejemos, pues, de lado las mutuas acusaciones que se hacen dos "políticos". Veamos sólo las actitudes y los pensamientos de dos hombres. De dos hombres que sólo nos interesan en cuanto representan tendencias morales y estados de conciencia, y no en cuanto a individuos; que para imponerse como tales, cada uno cuenta con lo suyo: tal con la inteligencia, tal con la astucia; éste con la adulación y el servilismo, aquél con la diatriba y con la sátira.

En el caso presente, quienes nos consideramos candorosos discípulos —y conste que discípulo jamás quiso decir imitador servil, ni adlátere incondicional y dócil— de José Vasconcelos, estamos moralmente obligados a solidarizarnos a su actitud, entiéndase como se quiera esta solidaridad.

Al renovar, en esta oportunidad, nuestra adhesión al hombre que ha merecido ser honrado con el título de Maestro de la Juventud de América, queremos afirmar el hecho —que hoy muchos están interesados en negar— de que por encima de las compadrerías lugareñas y de las inconfesables vinculaciones de baja politiquería (que por tanto tiempo cubrieron y enredaron con una densa malla de intrigas y embustes las fuerzas vivas de nuestros pueblos) se ha formado, al fin, en el continente, un estado de conciencia superior a cualquier soborno o a cualquier amenaza.

Queremos dejar dicho —no desde lejos, sino de muy cerca, y no a una sola persona, sino a todas las que saben responsables de nuestras desgracias civiles— que si las nuevas generaciones han llamado Maestro a Vasconcelos,

y lo han repetido innumerables veces, sin que nadie, antes de ser castigado directamente por él, se atreviera a desengañarle, lo ha hecho a plena conciencia y con absoluta espontaneidad, en las que cabe el error, pero no venalidad o farsa.

Queremos dejar dicho que si las nuevas generaciones, en cuanto tienen de más puras y apasionadas por el bien y la justicia, han hecho de la gallarda figura —pésele a quien le pese— del Maestro mexicano un ideal estándar, sobre el que —al menos desde hace diez años— no ha caído ni la sospecha de una mancha, no lo han hecho vulgarmente, engañadas por un vulgar impostor, como, infligiendo una audaz ofensa a las Juventudes de América pretende hacer creer a la hora undécima Chocano.

Queremos, por último, dejar dicho que si las nuevas generaciones han tenido que ir muy lejos en busca de una personalidad que mereciese ser exaltada por ellas, exponiéndose a errores inevitables de conocimiento y apreciación, la culpa no es de ellas, sino de la mediocridad, la venalidad o, por lo menos, la falta de fe y entusiasmo creador y constructivo de los pretendidos guías y corifeos vernáculos.

Y hechas estas declaraciones, encaminadas a dejar en su sitio la dignidad, oadamente mancillada, de los hombres nuevos, que si saben tolerar bellaquerías, no soportan vejámenes, pasemos al campo de las ideas, del cual la *novísima política* preconizada paradójica y sofisticadamente por Chocano y Lugones quiere hacer poco menos que un desván de cachivaches.

EL CASO DE CHOCANO

Pero antes de examinar las afirmaciones enrevesadas y teutológicas del vate, se hace conveniente apuntar algunas observaciones, que si no han de excusar su histriónica temeridad en un medio social tan deprimido como el nuestro, contribuirán por lo menos a explicar la insolente bizarría de su vanidad y su prosopopeya, que tantos éxitos e imitadores le han valido. Un día y una hora en que, quienes no se han convertido en asustadizas liebres, están —como la razón de que Góngora hablaba— atados a muy buen pesebre; reconozcámosle al poeta el mérito de su osadía.

¿Por qué y cómo, después de una larga ausencia, sobre cuyas andanzas no queremos hablar, Chocano ha venido

a convertirse en el solista inevitable, el ovacionado tenor de la continuada opereta bufa que es nuestra vida ciudadana? ¿Quie lo digan quienes a su regreso a su patria no supieron ver en él sino la oronda y satisfecha vanidad literaria. Que lo digan quienes, después de rodearle y ensalzarle, a pesar de conocer sus estrambóticas teorías políticas, cuando intentó ponerlas en juego, intentaron, siempre a medias tintas, con araños de gatas lúbricas, desautorizarle, habiendo podido darle desde un principio la necesaria lección de civismo.

Pretender aquello resultaba ingenuo. En realidad, Chocano —y dicho sea sin la menor intención de halagar una problemática sensibilidad moral— nada tenía que aprender de los átomos que integran nuestra molécula política e intelectual. Los desdeñó. Los que sentimos en diversas y públicas ocasiones el escozor de su altanería, éramos pocos y nada representábamos. Ahora mismo, sólo incurable quijotería nos induce a recoger un guante que ha percudido, antes que las nuestras, otras mejillas más infladas y visibles.

Mas era necesario recogerlo, a trueque de que el poeta volviese a sentirse el solo *Chanteclair* del gallinero...

¡No, a Dios gracias! La silenciosa tolerancia tiene sus límites. Ya que callan quienes por las posiciones que ocupan debieron haber hablado, hablaremos nosotros.

¿OPINIONES O SOFISMAS?

Convertido en único señor y portavoz —de considerable autoridad— en nuestro medio, dado el hecho de esquivar ocuparse de las cuestiones vitales otros hombres, Chocano ha ido levantando la voz. Ahora grita y amenaza. Y no es la primera vez que lanza, no sin razón por cierto, aunque sin autoridad moral para ello, la acusación de pusilanimidad e ineptitud a nuestras "clases dirigente". Las tales claes dirigentes nuestras, organizadas laxamente en clanes más o menos domésticos, han fingido no haber oído o desdeñar al grito. Tampoco han oído más comedidos y mejor intencionados llamamientos. Son manifiestamente egoístas. ¿Con qué derecho se extrañarán, entonces, de la fusta abusiva y arbitraria de los que diponen de la fuerza y los conocen incapaces de una alitiva rebelión? ¿Con qué derecho menosprecian las instancias de los pocos que aún intentan salvar al menos su propia dignidad en la catástrofe?

Aduñado del campo, con la impunidad del silencio, coreado a *sotto-voce* por los aduladores mezquinos que creen que la gloria literaria se contagia y vale algo, Chocano ha terminado por sentirse solo en el circo o en el Agora. Y, desprovisto de convicciones verdaderas, sin haberse preocupado jamás —al menos prácticamente no hay huellas de ello— de formarse una sola ideología, confiando siempre en su descomunal talento "intertropical", como él dice, se ha dedicado a improvisar opiniones que, por supuesto, sólo son sofismas.

Sí, sofimas; porque, a pesar de su aparente logicidad (limitándonos ahora al artículo contra Vasconcelos, que motiva esta réplica), e imposible articular sólidamente los conceptos allí amontonados.

A parte de la superfluidad de algunas observaciones críticas sobre la obra literaria de Vasconcelos, que, además de no ser sostenibles en su esencia, podrían contestarse con el desmenuzamiento del falso lirismo chocanesco, ¿en qué consiste la argumentación ideológica del poeta diplomático contra el propagandista ex-ministro?

LA ABSURDA TESIS DEL PRETORIANISMO CRIOLLO

Si se tratase de meras opiniones para uso particular y privado de quienes las profesan, en discusiones de café o en charlas de sobremesa, o hasta en artículos de revista

o en libros, podrían dejarnos sin cuidado las que sustentan hombres como Lugones y Chocano. Mas he aquí que también ellos toman la actitud del propagandista y del apóstol, y no se conforman con descubrirnos, día a día, "verdades" reveladas por Nietzsche y puestas en práctica por espíritus tan primorosos como Kipling y D'Annunzio, Roosevelt y Musolini —para no hablar si no de las gentes de allende los mares—, sino que intentan catequizarnos para el nuevo culto de la fuerza bruta, hacernos renegar de las doctrinas de Jesús, y elevar, en cambio, sendos altares al falo griego y a la espada romana.

¿Qué ideología es la de estos apóstoles que nada tienen de farsantes? ¿Qué nueva fe los anima a arrostrar virilmente, con su respectivo falo en ristre, todos los peligros para predicar un credo tan odiado por los poderosos de la tierra? No se hable de abnegación, pues ellos no creen en esa virtud cristiana. Es la sola virtud expansiva de su virilidad la que los llena del más griego de los entusiasmos, tan griego, que hasta se han quemado las pestañas para iniciarse debidamente en el culto de Baco y celebrar con perfecta liturgia sus Saturnales...

Y no es cosa de broma. La secta se propaga. Sólo que, al llegar al terreno de las instituciones políticas, al querer adaptar la miserable y caída civilización occidental, enferma de cristianismo, a su ideal, no saben por dónde principar y organizar su maravillosa utopía, llamada a reconstituir para las generaciones venideras la fuerte, alegre, despreocupada y brillante sociedad de Aspasia y de Pericles, de Alcibiades e Hipatia... En cuanto a Sócrates, si por casualidad reencarnase, habría que volver a darle la cicuta...

Chocano, con el laudable fin de demostrar a la Juventud de América que su maestro Vasconcelos es un farsante, y que ella, dejándose sugestionar por un "corruptor de menores", ha demostrado su propia imbecilidad, portándose como una pobre e ignorante "huachafita", dice: "Si en los Estados Unidos —donde no hay ministros de Educación— intentara el pobre Vasconcelos, en una Universidad hablar disparatadamente de las *libertades públicas* en nombre de la revolución social y recomendara a Buda en un galimatías espantoso, los jóvenes estudiantes lo sacarían a pelotazos, riéndose de él a carcajadas".

Este párrafo, que, como se verá después, es buena muestra del conocimiento que Chocano tiene del espíritu que anima a la Juventud culta de los Estados Unidos en la guerra de ideas de nuestros días, sólo nos interesa, por ahora, en cuanto se refiere al "galimatías espantoso", que, según él, Chocano, constituye la ideología de Vasconcelos. Toda exigencia de lógica y claridad en la exposición de las ideas, y, sobre todo, de doctrinas, es, en efecto, saludable; y es muy de lamentar que las Juventudes de nuestra América no hayan acertado todavía a descubrir en el fuerte cerebro de nuestro compatriota la virtud sintética y analítica y el firme método que caracterizan su pensamiento. Lástima no más que esa capacidad, igual para la síntesis y el análisis, resulten por completo inútiles a quien puede disponer del sable y tiene, como quien dice, bajo el brazo al "gendarme necesario", para emplear la frase de uno de los *Padres de la Nueva Iglesia de la Espada*, don Laureano Vallenilla Lanz.

Pero, en fin, nosotros, que no disponemos de la espada, ¡qué decir!, pero ni del más modesto cuchillo de cocina, tratemos de acercarnos, como humildes catecúmenos del nuevo culto, al altar del ídolo, y hagamos esfuerzos por comprender el sentido profundo y esotérico, lo gestos y actitudes de sus admirables sacerdotes...

¿Qué proponen estos admirables espíritus lógicos, estos jerarcas que vinieron al mundo —como en los tiem-

pos de Tutankamon— para ordenar el caos en qué vivimos? —porque ellos también reconocen que no estamos como Pangloss, en el mejor de los mundos posibles—; ¿qué proponen, para curar nuestros males, estos geniales Aristarcos aristárquicos?

Cubriendo con un manto de decencia la violenta desnudez de estos idiotas (empleamos el término en su sentido puramente etimológico: laicos, sin empleo público en la democracia), un escritor uruguayo de no escasa capacidad, Mario Falcao Espalter, ha estudiado últimamente el movimiento bajo la designación eufemística que dió a la "Escuela" Vallenilla Lanz: "El Cesarismo democrático en América", y un escritor centroamericano, muy ponderado, Roberto Brenes Masén, ha tratado de explicar, en particular, la actitud de Lugones, que Araquistain, por su parte, y no sin razón, ha declarado inexplicable.

En efecto, es inútil que torturemos nuestra inteligencia tratando de explicarnos racionalmente una cosa instintiva, que en unos es interés mezquino o elevado (mal entendido siempre), y en otros toma la forma del miedo. Cuanto más se piensa en la actitud de ciertos hombres de letras en nuestros días, más se afirma el convencimiento de que se trata, en diversas formas, de una de estas cosas: o el suicidio moral, motivado por el miedo, o la venal abdicación, inspirada por el interés. El desquiciamiento espiritual, causado por cualquiera de estas dos maneras de claudicación o renunciamento a la dignidad, es lo único que explica los galimatías —y estos sí que son anatopismos y galimatías— en que caen, cuando quieren racionalizar su actitud, los adoradores de la Espada. El mismo hecho de intentar una defensa ideológica del partido tomado —que no es otro que el de una vuelta a la barbarie, más aún al salvajismo liso y llano— está demostrando la absurdidad de su posición.

EDWIN ELMORE.

La carrera de Comercio

Por Prudencio Sayagués, representante de EL ESTUDIANTE en la Escuela de Comercio, de Madrid.

II

Circunstancias especiales me impidieron en el número anterior continuar hablando de las Escuelas de Comercio; así, pues, reanudaremos el estudio histórico y desenvolvimiento de aquéllas.

El autor de la reforma de 1857, Claudio Moyano, estudiaba en su proyecto los puntos de vista tan diversos de este problema de enseñanza, abarcando con fortuna, en su conjunto, las materias bastantes para confiar en un más brillante porvenir que el que hasta la fecha había caracterizado a estos estudios.

El régimen interior de las Escuelas, que se creaban esta vez con vida independiente; los derechos y obligaciones de los catedráticos y jefes de aquellos establecimientos; el plan de estudios; la duración de éstos y de las clases; la posición y el porvenir de los catedráticos que a estas enseñanzas se dedicasen, así como el de todos aquellos que adquirirían el título profesional; la matrícula; los exámenes; todo, en fin, era estudiado minuciosamente y reglamentado (Reglamento de las Escuelas de Comercio, de 18 marzo de 1857).

Se creaban doce Escuelas de Comercio elementales, para cursar solamente el estudio del grado pericial: Alicante, Barcelona, Bilbao, Cádiz, Coruña, Gran Canaria, Málaga, Ribadeo, Santander, Sevilla, Valencia y Vergara, y una Escuela Superior de Comercio, la de Madrid, en la que se cursarían las materias completas hasta el grado profesional.

Estas eran las principales disposiciones de aquel Decreto, que obligaba a creer que con tales elementos la vida de las Escuelas de Comercio españolas estaba asegurada, confiando que el impulso dado a tales enseñanzas se habría de traducir, en poco tiempo, en un vasto desenvolvimiento de los negocios, con una más acelerada marcha en el camino del progreso y prosperidad nacionales.

Mas no fué así. Al parecer, no había llegado la hora de reedición a los estudios mercantiles, que si fueron en teoría reorganizados, no fué tal en la práctica, ya que a los pocos meses, y a consecuencia de la ley de Instrucción pública, de 9 de septiembre de 1857, ya derogada, que disponía en su artículo 64 las materias que habrían de abarcar aquéllos, dividiendo la segunda enseñanza en general y de aplicación, comprendiendo en esta última la carrera de Comercio. Se dispuso, por ella, que estos estudios, Agricultura, etc., se fundiesen con los Institutos de segunda enseñanza, quedando a cargo de las Diputaciones provinciales proveer a las necesidades de los estudios de aplicación, limitándose la intervención del Estado a recomendar a aquellas corporaciones cumplieran sus compromisos, frecuentemente olvidados. De esta modificación quedaba exceptuada la Escuela de Madrid, que continuaba sostenida por el Estado.

No es difícil deducir los efectos, no muy gratos, que esta ley de Instrucción pública produjo en el porvenir de la enseñanza comercial. Privada ésta de su propia dignidad ante la continua tutela a que se hallaba sometida, sin independencia, quebrantada la autoridad de sus profesores, desatendidos los pocos que concluyeron sus estudios y los que los siguieron, ellgando a ser, aun dentro de los mismos Institutos, y como los demás alumnos de los estudios de aplicación, considerados como una casta diferente e inferior a la de los que seguían lo estudios generales, ¿qué porvenir podía esperarse? En esta situación, la enseñanza comercial comienza a decaer rápidamente, hasta haber llegado a dos extremos, no por opuestos menos ignominiosos: el olvido de la mayoría de los españoles y el más vivo desdén por parte de los pocos que la conocían.

En esta triste, cuan anómala situación, se encontraba la enseñanza comercial en España, cuando en el año 1881 unos cuantos profesores y peritos mercantiles, entusiastas y llenos de fe en el porvenir de su carrera, y sin duda influenciados por las modernas corrientes de oposición en favor de los estudios prácticos, a la vez que por la evolución experimentada por las cuestiones económicas, desconocidas y olvidadas en tiempos anteriores, que preocupaban entonces a estadistas, pensadores y comerciantes, etc., fundaron en Madrid la Asociación de Profesores Mercantiles, nombre que en un principio adquirió y cambiaba más tarde por el de Asociación Nacional de Profesores y Peritos Mercantiles, expresando en su denominación, con mayor claridad y perfección, los nuevos y variados fines de su institución.

De principios modestos, esta Sociedad vió muy pronto acozarse a su bandera a aquellos titulares mercantiles que antes vivían aislados y olvidados de su título, emprendiendo una enérgica campaña en favor de la reorganización de la enseñanza comercial, que tanto dejaba sentir su necesidad, y de los derechos desamparados de aquellos titulares que encontraban desamparados los más efímeros prestigios de su categoría.

Esta campaña no cayó completamente en el vacío, y, por fin, apareció en la *Gaceta* el 11 de agosto de 1887 un Real decreto creando las Escuelas de Comercio con vida independiente y propia, acontecimiento aquél que hizo creer en el temperamento preñado de optimismos que nos caracteriza, una nueva época de prosperidades a la carrera comercial, que, como cuanto tiene un fin educativo y de vigoroso empuje al progreso, es con tanta frecuencia olvidado por quienes deben velar por su seguridad y prestigio.

Como sus anteriores, esta reforma no fué una obra de completa reorganización, con omisiones y defectos que debieron ser evitados, si, como se pretendía, los nuevos organismos docentes comerciales, habían de dar los frutos que la nación les exigía en muy acomodaticio derecho.

Constituían esta reforma bajo el principio de que los estudios comerciales habían de ser un compendio de las ciencias puras, las letras, la filosofía, las bellas artes, etc., en sus inmediatas aplicaciones a la vida económica, para, dentro del positivismo moderno, hacer una cultura intelectual útil, que se refiere a los problemas prácticos de la vida social, para llegar a la convicción, en el espíritu de aquella juventud, de que el conocimiento de las leyes que regulan el cambio de la propiedad y de la riqueza en el mundo, es una función tan elevada y puede ser tan ideal como el cultivo de la ciencia y del arte en sus más bellas manifestaciones.

LOS MEJORES ARTÍCULOS PARA DIBUJO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID

EDITORIAL CARO RAGGIO



Mendizábal, 34

MADRID

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

	Pesetas.
Pío Baroja: Los torbellinos del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

Condiciones de venta y suscripción para España y América

Suscripción anual. 14,00 ptas.
> semestral 7,00 >
> trimestral 3,50 >
Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 céntis. Un año,
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista EL ESTUDIANTE
ZORRILLA, 4 MADRID

Suscríbame por un a la Revista EL ESTU-
DIANTE. Por giro postal envíe a usted la cantidad de
importe de dicha suscripción (1).

En a de de 192
(Firma)

Mi dirección:

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

=====
O B R A S D E
D. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN
=====

- I. La Lámpara Maravillosa.
- II. Flor de Santidad.
- III. La Marquesa Rosalinda.
- IV. Retablo de la Avaricia, la Lujuria
y la Muerte.
- V. Sonata de Primavera.
- VI. Sonata de Estío.
- VII. Sonata de Otoño.
- VIII. Sonata de Invierno.
- IX. Tablado de Marionetas.
- X. Opera lírica.
- XI. Jardín umbrío.
- XII. Corte de amor.
- XIII. Cara de Plata.
- XIV. Aguila de Blasón.
- XV. Romance de lobos.
- XVI. Tirano banderas.
- XVII. Luces de Bohemia.
- XVIII. Divinas palabras.
- XIX. Los cuernos de don Friolera.
- XX. Opera romántica.
- XXI. La Corte Isabelina.
- XXII. La Gente del Bronce.
- XXIII. Los Cruzados de la Causa.
- XXIV. El resplandor de la hoguera.
- XXV. Gerifaltes de antaño.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

=====
5 PESETAS TOMO
=====